

¡Vigila, que explotan!



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: David Carretero

Patricia está enfadada. Todo el año esperando la verbena de San Juan y cuando llega ... ¡Tururut! Ve como los petardos le pasan por delante de la nariz, casi sin poder ni tocarlos. Como son peligrosos no le permiten tirar ni uno. Mejor dicho, no le dejan tirar ni un petardo solo a ella, excepto *cebolletas* y bengalas de colores. "Solo tienes siete años, Patricia. Podrías lastimarte. Mucho más de lo que te parece", le repetían sus padres mientras se las manejaban con los truenos. Mientras, ella les observaba desde una distancia prudencial. "Maldita sea ...", mascullaba la niña. "Ojalá tuviera una caja de petardos solo para mí. Seguro que los encendería bien y no me haría daño", pensaba la niña. Y pensando, pensado, tuvo una idea... más que brillante: ¡explosiva!



En la plaza del pueblo estaba la hoguera que encendían los vecinos cada año. Al lado, el entarimado con la orquesta. Una chica con un vestido de lentejuelas cantaba los *hits* del verano que apenas empezaba y el cava y las tartas rondaban, frenéticas, por las mesas de la cena popular. Patricia miraba como sus padres charlaban y reían con otros padres, tan animados como ellos. Los niños que, como ella, eran considerados "pequeños" se habían buscado sus distracciones; los adolescentes corrían arriba y abajo, con sus bolsas de petardos en una mano y una mecha encendida en la otra. Y ella... ella había encontrado el momento perfecto para llevar a cabo su magnífico plan.

Disimuladamente, se acercó a la cesta que su madre había traído cargada con las cosas de la cena y echó un vistazo: una bolsa con los cubiertos sucios, un rollo de papel de cocina, lo que había sobrado de patatas chips y una bolsa con lo que quedaba de petardos. Sus padres no parecía que tuvieran intención de querer seguir tirando petardos y vio que aquel era su momento. ¡El momento de cogerlos! Veloz como un rayo, Patricia cogió la bolsa con los pocos petardos que quedaban y se los metió en el bolsillo. Pero se veían demasiado.

¿Donde podía guardar los petardos para que pasaran un poco más desapercibidos? Patricia miró a su alrededor, buscando el escondite perfecto. En medio de la mesa donde todavía había los restos de la cena, encontró lo que buscaba: una caja de galletas, de aquellas redondas de lata, que alguno de aquellos chiquillos había traído de su casa y entre todos habían vaciado. Era el lugar perfecto. Patricia metió en ella los petardos dentro y sonrió, satisfecha.

Aquella noche, después de la cena, Patricia y sus padres volvieron a casa contentos y cansados -como después de cualquier verbena. Y mientras se preparaban para ir a dormir, Patricia pensaba dónde podía guardar la caja de lata para que a sus padres no se les ocurriera abrirla. ¿Encima de la mesilla de noche? ¿Dentro del cajón de los calcetines? No, todo parecía demasiado evidente. Tumbada en la cama, se fijó en la ventana abierta de la habitación. En el alféizar, había una jardinera con dos geranios rojos y explosivos que ella misma regaba cada día. Allí. De un salto, Patricia se levantó y puso la caja de lata fuera, justo entre los dos geranios. A continuación cerró la ventana y volvió a estirarse, con una sonrisa en los labios, y cerró los ojos, esperando al día siguiente.

Al cabo de unas horas, el día siguiente llegó.

Patricia se levantó, con una sola idea en la cabeza. Desayunó, se vistió y no dejó ni un momento de pensar en los petardos. Su padre se tomaba una taza de café mirando por la ventana, "Qué calor que hace por lo temprano que es", dijo. "Y no hay ni una nube", agregó su madre, "hoy el sol apretará fuerte,". Pero a Patricia el tiempo le importaba poco. "Mamá, Papá... ¿puedo ir a jugar a casa de Martín?", preguntó Patricia.

Martín era el vecino, pero Patricia no tenía ninguna intención de ir a jugar con él. Era tan solo una excusa para bajar a la calle a tirar los petardos. "No, Patricia. Aun es demasiado pronto. Al mediodía podrás ir, que hoy la gente arranca tarde... ", le respondió su madre. "¡Al mediodía!", pensó ella resoplando por dentro. Y lo que parecía un suplicio no lo fue tanto cuando la niña encendió la tele y se apalancó delante.

Los días de fiesta, como hoy, sus padres le dejaban ver la tele un buen rato, así que la espera no tenía por qué ser tan terrible. Su padre estaba en el despacho dibujando, su madre tocando el acordeón y reescribiendo partituras en la galería. Patricia empezaba otra serie de dibujos que le encantaba. Afuera, en medio de un cielo azul y brillante, el sol resplandecía cada minuto con más fuerza. Y a pesar de la emoción que le suponían los petardos, Patricia no fue consciente de cuánto tiempo pasó sentada en el sofá, delante de la pantalla hasta que...

... ¡RATATATATATATÁ! ¡Raaaaatatatatatatá!

Su padre saltó de la silla de su despacho. Su madre corrió por el pasillo, alertada por aquel alboroto. Patricia, de repente, recordó los petardos dentro de aquella caja de lata, en el alféizar de la ventana de su habitación y se dijo ... "¡Ay, no!".



Con el calor del sol, la caja de lata se había ido calentando, calentando, calentando, hasta que la pólvora de los petardos no había aguantado más y había estallado. Patricia se había quedado sin un solo petardo. Todos habían estallado, de golpe. Sus padres observaron la escena, enfadados por una parte, asustados por otra. "¿Te imaginas, Patricia, qué habría pasado si estos petardos te hubieran explotado en las manos?", le preguntó su padre. Patricia tragó saliva.

Los geranios de la jardinera habían quedado bien chamuscados, con la explosión, y por un momento ella pensó que bien podrían haber sido sus manos. Volvió a tragar saliva y entendió, en ese momento más que nunca, el peligro real de los petardos. Y entendió algo mejor: la preocupación de sus padres. Entonces se puso a llorar, antes que nada porque ya no tenía ningún petardo para tirar y después porque también entendió que lo que había hecho era más que una travesura. Por ello pidió perdón.

A partir de esa verbena de San Juan, las cosas en casa de Patricia cambiaron. Ella fue creciendo y sus padres aflojaron un poco, porque vieron que los petardos se podían tirar entre todos si seguían las guías de recomendación y consejos que habían consultado, y también si Patricia tenía cuidado... y creedme que después de lo de los geranios, ¡se convirtió en la niña más prudente del vecindario!

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital